El arribo del almirante

Padre Francisco Javier Chávarry García

Estudió en el Colegio Externado de Santo Toribio e inició su formación sacerdotal en el Seminario Conciliar de Santo Toribio de Mogrovejo. Se ordenó como sacerdote el 1 de enero de 1998 para la Arquidiócesis de Lima. Licenciado (equivalente al grado de maestro) en Teología Dogmática por la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra (España). Licenciado en Filosofía por la Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima. Máster en Bioética por el Centro de Estudios Biosanitarios (Madrid), Cátedra "Jerome Lejuene". Profesor ordinario de la Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima con el grado de auxiliar, desde 2002. Actualmente se desempeña en el Programa de Doctorado en Teología Dogmática. Uno de sus libros más difundidos es *El secreto de la liturgia* (2015).



Al Contralmirante Oscar Penny Cabrera,
por su insuperable amistad en mis intensas jornadas de Capellán de la Universidad Ricardo Palma.
Al Padre Armando Nieto Vélez, S. I.,
por su ayuda espiritual durante mis años de seminarista y estudiante de la Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima.

RESUMEN
En este relato corto de ficción, el autor recrea los últimos momentos del almirante Miguel Grau al mando del monitor *Huáscar*, así como describe su permanencia eterna en el imaginario nacional tras la Guerra del Pacífico.

PALABRAS CLAVE:
Grau, *Huáscar*, Monitor, Guerra Naval, Guerra del Pacífico, Héroe.

RESUMEN
In this short fiction tale, the autor recreates the last moments of Admiral Miguel Grau under the command of Ironclad "Huascar", likewise it depicts the eternal permanence in the national imaginary after the Pacific War.

PALABRAS CLAVE:
Grau, Huáscar, Ironclad, Naval War, Pacific War, Hero.

PREFACIO

Cuando pienso en Miguel Grau (Paita, 1834-Angamos, 1879), me es inevitable dejar escapar mi fantasía y remontar las olas del tiempo que nos empujan a la orilla de la realidad. Antes que retroceder en la cronología, permanezco unido a ella y escapo a un mundo donde la caballerosidad y el honor siguen dando peso a las personas. En más de una ocasión he deseado "ver" a tan ilustre amigo,

• Articulo recibido el 6 de abril de 2017, aprobado para su publicación el 11 de abril de 2017

nuestro gran almirante, el peruano del milenio. La única motivación para tender este "puente" entre mi vida y la suya sería aprender de su humanidad —no exenta de errores— y de su entereza —no exenta de virtudes—, en medio de las dificultades y los ajetreos contemporáneos. La realidad que presentan seres humanos como Miguel Grau Seminario nos remiten a una vida interior muy rica. Esta presencia de cualidades y talentos humanos permiten redescubrir a la propia persona, sobre todo en la vivencia de la amistad.

"Ver" batirse a la tripulación del *Huáscar*, con su heroico comandante a la cabeza, me ha alentado en varias ocasiones a no rendirme en el combate espiritual de cada jornada.

A veces tengo la impresión de que las circunstancias de 1879 permanecen estáticas en el escenario del Perú y del mundo actual. Las batallas se dan en nuestro cada día contra enemigos más grandes que nosotros, sin ninguna seguridad humana y confiando solo en la fortaleza que el Señor de la existencia ha modelado en nuestra pobre experiencia.

Desearía antes del final de mi vida terrenal, cuando el cuerpo y el alma se despiden para reencontrarse en la Parusía, que el Señor me dejara volver al pasado de los hombres por unos instantes, y allí, siendo sacerdote, estar al lado de Grau y sus compañeros, zarpar a bordo del *Huáscar*, proa al sur, y amanecer en medio de la tensa madrugada de aquel 8 de octubre de 1879.

La inspiración que forja este relato corto que hoy tienes en tus manos de ávido lector brotó de una iniciativa entusiasta. Aún recuerdo aquel concurso de relato corto con tema histórico que el diario *El Comercio* convocara en 1993. Me tocó perder dicho certamen, pero nunca dejar de admirar que en el Perú innumerables hombres y mujeres han circulado por las calles de su historia, dejando más de una huella. Entre ellos, muchos son considerados auténticos personajes. Muy pocos han dado lugar a sentimientos más nobles que lindan con la humanidad desgarrada, que es capaz, en los momentos más críticos, de expresiones inéditas que muy pocos se han atrevido a cantar en las gestas antiguas y que tocan las puertas de otro tipo de gloria.

La Guerra del Pacífico (1879-1884) nos dejó un sinsabor nacional, que podríamos compararlo al de una terrible fractura o depresión. No se trata de despertar sinsentidos en la vida de los pueblos hermanos de Perú, Bolivia y Chile, sino de rescatar del olvido hábitos de seres humanos que han hecho de su itinerario por nuestros lares una verdadera muestra de lo mejor que tiene nuestra humanidad.

La lección que da esta contienda para nosotros, los peruanos de hoy, ha sido, como bien han dicho los entendidos, la honra de una vida conforme a principios y convicciones que encarnan la fe experimentada en los acontecimientos y que comunica —más allá del deber— una opción fundamental en medio de la cruda realidad. Esta lección nos la han dado algunos de nuestros compatriotas, que consideramos héroes, no en un sentido épico, sino más bien como los defensores de nuestra nación. Se concibe esta enseñanza como de tipo ética y moral, sin que esta puntualización agote todo lo que se ha podido redescubrir. De manera concreta, habría que expresar de modo claro que nuestro aprendizaje para el presente del Perú siempre necesita esta cuota de voluntad y sacrificio, que a veces olvidamos cuando no miramos la historia. Registrar esto nos hace falta a gritos. Tomar conciencia que somos más que una victoria o una derrota.

Muchos de nuestros connacionales han surcado un mar de infortunios y desgracias. Han sentido la soledad y el abandono de la patria, pero no han perdido la ley, no han salido del marco de la humanidad, no han transado con la mentira y han sabido no ahogarse en medio del remolino de la corrupción, llegando a puerto abrigado.

El presente relato —como si se tratara de los papeles sueltos de una bitácora de navegación que un "ángel" recopila— busca mostrar la permanencia de don Miguel Grau en el derrotero de la cultura peruana, marcando un antes y un después. Me permito señalar que este "respeto" que causa el Gran Almirante del Perú tanto a los extranjeros como a los nacionales se debe a esa "impronta mística" de la Gracia en él y a esa denominada "vida interior" tan propia de los seres singulares; puesto que alguien solo puede obrar así cuando asume su vocación de "guerrero cristiano"[1], frase con la que el canónigo Roque y Boloña inmortaliza la figura de un marino que supo estar a la altura de la situación y brincar todavía más arriba. Tal vez, esto último caracteriza de la forma más llamativa a las mujeres y hombres de nuestro país. Sin estar libres de carencias ni de un extraño etnocentrismo —el cual hiere de muerte nuestra autoestima patriótica—, saben sobreponerse, saben luchar, saben empezar y saben merecer un nuevo comienzo.

1. Monseñor José Antonio Roca y Boloña (Lima, 1834-1934), canónigo del Cabildo Metropolitano de la Basílica Catedral de Lima, es el autor del primer elogio fúnebre a Miguel Grau en las solemnes exequias realizadas en la catedral de Lima el 29 de octubre de 1879. Transcribo lo siguiente para darnos una adecuada dimensión de lo que sostengo: "Miguel Grau era, señores, un guerrero cristiano. Hombre de fe, toda su confianza se cifraba en Dios. A él atribuía el buen éxito de sus arriesgadas empresas. Lo alababa como el Profeta Rey [...]. De ahí nacía aquella imperturbable serenidad en medio de los mayores peligros, que imponía confianza en los que le obedecían". (DE LA PUENTE CANDAMO, José Agustín. *Miguel Grau*. Lima: Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú. 2003, pp. 478-480).



"Miguel Grau era, señores, un guerrero cristiano. Hombre de fe, toda su confianza se cifraba en Dios".

Monseñor
José Antonio Roca y Boloña
Lima, 1834 - 1914

Y esto es lo que más me ilusiona al componer estas líneas sobre Grau y el *Huáscar*, pues no es legítimo separar el destino del comandante al de su buque. Murió el comandante, pero el buque no se hundió en el mar de la inconciencia de nuestra sociedad. Como sabemos, la reacción de sus subordinados ante la pérdida irreparable de su comandante podría parecerse a la resistencia que ofrecen los metales al fuego. Teniendo en cuenta la tradición naval de la época, sobresale la audacia de no rendirse y llegar a inmolarse. ¿Cuántas biografías de peruanos tienen capítulos como los de la vida de Grau? ¿Cuántos compatriotas podrían ser llamados con todo acierto "héroes"?

Describir al monitor *Huáscar*[2] (construido en 1865)[3] sin los conocimientos de un ingeniero naval de la segunda mitad del siglo XIX es muy temerario. Sin embargo, considero que puede decirse que el *Huáscar* es la unidad naval de superficie más emblemática en el imaginario del Perú. Su aparejo de bergantín y su velocidad inusual, sobre otras características muy particulares, grafican el tránsito entre los buques de madera y los llamados "blindados". Peritos en la guerra marítima opinan sustancialmente que la habilidad del almirante Grau hizo posible más de una hazaña contra todo pronóstico y que nadie antes ni después pudo conseguir de ese buque todo su potencial en una contienda. En muchas realidades que nos toquen vivir no solo nos permiten triunfar los instrumentos empleados, sino la destreza, innovación y capacidad de lo que cada uno atesora como talento propio y que hemos perfeccionado a punta de abnegación y sacrificio. ¡Cuántas veces desaprovechamos medios que la Providencia enlaza a nuestra travesía existencial por no conocerlos o por no estimarlos!

Si nos asombran las hazañas del Caballero de los Mares con la precariedad de aliada, ¡cuánto más nos admira una vida en la que nada se improvisa y todo se hace con dignidad!

Que las palabras que he plasmado en líneas anteriores te inviten a reflexionar sobre lo que significa saber vivir. Te lleven a mirar tu existencia con una misión y

2. "El primer blindado del mundo con torre giratoria de artillería fue construido con los planos del ingeniero sueco John Ericsson para los estados norteños. El 9 de marzo de 1862 se produjo el primer combate de la historia entre blindados: el sureño *Merrimac*, entre tanto bautizado con el nombre de *Virginia*, y el norteño *Monitor*. El combate, sin resultados decisivos concluyó con el retiro de ambas naves del escenario. En el trayecto de remolque del *Monitor* hacia Carolina del Norte, penetró agua en su interior durante una tempestad y acabó por hundirse el 31 de diciembre de 1862" (URBAN, Eberhard. 1000 barcos. Barcelona: NGB. 2007, p. 89). Esta precisión es útil para reconocer la procedencia y el uso naval que se diera al término.
3. El *Huáscar* fue ordenado por el gobierno peruano en el gobierno del general Pezet a los astilleros ingleses de los hermanos Laird. A comienzos de 1865 se empezó su construcción en Birkenhead Iron Works. La torre giratoria fue diseñada por el capitán de navío británico Cowper Coles. Para mayores detalles, vale la pena leer LÓPEZ URRUTIA, Carlos y ORTIZ SOTELO, Jorge. *Monitor Huáscar: una historia compartida (1865-2005)*. Lima: Asociación de Historia Marítima y Naval Iberoamericana. 2005).

responsabilidad únicas, en la que no puedes ser sustituido ni perturbado cuando te conduces con amor y fidelidad.

No me atrevo a concluir este prefacio sin agradecer a todos los que me han ayudado a plasmar la estética de esta sencilla prosa que hoy se ofrece al público lector. He dedicado la obra a dos amigos difuntos. Entran también en este franco agradecimiento: mis padres Segundo y Esther; mis hermanas Milagritos, Fabiola y Janett; el querido tío y amigo con quien compartimos la vocación sacerdotal, monseñor Carlos García Camader; mi hermano y marino de toda la vida José Miguel Paolillo Tapia; mis amigos de grandes jornadas Daniel Meza Kishaba, Roberto Álvarez y Oscar Rivera; mis queridos Olga y Ricardo Nugent; mis apreciadas Lourdes Calvo, Milagros Orbegoso, Alida del Castillo, Elena Uyema, Zoila Cueto y sus hijas Gracia y Jimena, Katherine Chang y sus hijas Camila y Fátima; y tantos compañeros de la tierra y del cielo que me dirigen sus miradas de aliento inconfundible por la misericordia del Señor.

Que esta ficción te mueva a contemplar la talla de un peruano bienhechor y lleno de una amalgama de expresiones, que trascienden el espacio y el tiempo y nos elevan como el humo que despedía la chimenea del *Huáscar* hasta la patria eterna.

Padre Francisco Javier Chávarry García
Santiago de Surco, Domingo 27 de julio de 2014
180° aniversario del natalicio del Almirante Miguel Grau



El arribo del almirante

Callao, al ancla, 5 de julio de 1879

Una gaviota caía y se elevaba por el viento delante de la proa. Planeaba silenciosa acompasando la tarde fría. Los pelícanos volvían, buscaban abrigo en las islas. El monitor *Huáscar* inmóvil en la rada del Callao esperaba a su comandante.

Infantes limeños y ayacuchanos, maquinistas ingleses y artilleros griegos, mozos franceses y asiáticos, marinos piuranos y chalacos, oficiales y todos, esperaban al capitán.

Días antes, el monitor había sido reparado. Cesaba ya el movimiento de carpinteros, operarios y herreros. El puente relucía como firme en desfile militar.

Nubes atracadas en la altura acompasaron los leves movimientos del buque anclado, creando un clima húmedo y gris.

Zarparían en la madrugada del día siguiente. Estaba por llegar la última travesía a puertos enemigos.

* * *

El cochero detuvo el ondular de las riendas. Las ruedas dejaron de raspar la pista.

La alameda de los Descalzos se entintó ante la usual embestida de polvo. Las palomas apostadas en una estatua se lanzaron en fuga, dejando restos de cal en la cabeza y los hombros de aquel dios efebo. Algunos árboles silbaron con los aires, que les arrebataba las hojas para echarlas a la calzada. El San Cristóbal acariciado por los vientos se erguía y daba sombra a la huerta sanfranciscana.

La tarde gris comulgó con los sentimientos del marino que descendió del carruaje. Sus botines empolvados apretaron el camino hacia el portón del convento de recoletos. Sus pasos mantuvieron el porte, impregnado en su existencia. Su mirada se fijó en el aldabón.

Dos toques eran suficientes. El portero apresuró en abrir. Su voz suave armonizó con su ancianidad. Por la ventanilla asomó la mirada, que a tientas exploró el rostro del visitante:

—¡Paz y bien, caballero!

Al instante, el cerrojo crujió y las bisagras chillaron hasta que la puerta se aquietó y acabó el lamento del óxido.

Una voz amable respondió al saludo:

—¡Gracias!, ¿el padre Gual?

Los dedos del hermano hicieron una seña. Lo guiaron por los empedrados del convento.

Una cruz de madera levantaba la atención hundida en el silencio. El patio desembocaba en una parra que tendía sus ramas en las paredes del claustro. La fragancia de la vid cosquilleaba la nariz del visitante y traía recuerdos. En el verano de 1865 *La Unión* cargaba vinos de Borgoña. Grau era su capitán y traía al Perú el arma de la esperanza: vencer a España en un combate naval.

Las flores de Amancaes. El olor a mixtura lo transportaba a la loma contigua, que desplegaba como escuadrón sus ortigas, hierbabuenas y girasoles. El altozano de San Juan atiborró su mente de verdor.

Los pasos presionaban las baldosas salientes, que resquebrajadas, hincaban el calzado rudo. El hermano indicó la puerta. La cadencia de la marcha aumentó hasta penetrar a la pequeña capilla. El pulgar de Miguel Grau trazó una cruz en su frente, que se repitió en su boca y se plantó en su corazón.



fraile Pedro Gual y Pujadas

El recinto rociό el ambiente con parafina. Velones formaron a los pies del lienzo, en donde otro Miguel, el de Santiago, retrató al Crucificado. La pintura tuvo por modelo a su aprendiz. El joven montado en la cruz no esculpió la rigidez mortecina del Salvador del Mundo. El pintor no encontró la satisfacción en su obra, hasta que con una lanza cortó el costado del discípulo. El alarido y la sangre corrieron. La inspiración plasmó la muerte a pinceladas pausadas. El artista inflamó el paño de espeluznante realismo. Los movimientos cesaron. La concentración culminó. El boceto terminó y estampó la corpulencia muerta. El colorista guayaquileño se liberó de su obsesión. La conciencia rasgó en un grito de horror el hecho irreversible. La locura salpicó su mirada. Sus pasos reflejaron la frenética huida...

La capucha marrón del fraile Pedro Gual enmarcaba su rostro. Sus manos dejaron el ocultamiento de las anchas mangas y soltaron la puertezuela del confesionario.

—Ave María Purísima —la voz serena descansó en los oídos agitados del capitán de navío.

—Sin pecado concebida —susurró el caballero al sabio padre.

Grau arrodillado era un niño mirando por la escotilla. La profundidad de un mar sin límites que sus ojos alcanzaban a contemplar. Un océano lleno de misericordia, sin naufragios ni maretazos, todo junto encerrado en un confesionario. Entre el puerto llamado Gracia y el marino penitente, otro hombre pecador.

Lo que mejor hacía fray Pedro era escuchar. De cuántos guardaba tesoros. El descalzo pasaba sus dedos por la barbilla. El hermano franciscano reposó las mejillas en sus nudillos.

La paz buscaba un rincón donde quedarse en el alma valiente. El miedo hacía guardia junto con ella. Asumir la preocupación dejaba quietud en medio del oleaje de borrascas. Sumergirse, dejándose arrastrar por la corriente de gracia no era ir al garete.

Gual sostenía como columna a la América del Sur en misión. Formador de evangelizadores, ahora extendía su rol a las almas de caballeros del mar pacífico. Y Grau era lo mejor de esta forja. La unión de corazones levantó la presencia de Dios:

—*Misereatur tui omnipotens Deus...* —la ligera pausa animó la piedad del marino, y con la musicalidad de la lengua sacra, el confesor alzó el tono—... *Ego te absolvo a peccatis tuis...*

El fraile marcó en el aire la absolución en cruz que limpió el espíritu, cortando la desesperanza. Un recíproco movimiento de Miguel Grau se unió al perdón prodigado de lo alto:

—Amén.

Gual dejó libre las bisagras de la portezuela. Su sayal áspero estiró las arrugas. Los ojos de Grau siguieron la pista de aquella mano callosa hasta que penetró en el bolsillo. Sus dedos extrajeron una medalla de la Purísima. Su rostro transparente se inundó de alegría. Una leve sonrisa, con cauces de vitalidad, se esculpió en su boca.

El amigo Pedro Gual extendió los brazos colgándole la medalla, que onduló brevemente en el porte. Los botones de nácar escoltaron la imagen en su espacioso pecho. El gesto de gratitud se tradujo en sencillas palabras:

—Gracias, padre.

Los pasos de Grau se despegaban del piso. Bajo ellos, los subterráneos acogían huesos de frailes y bienhechores. Las catacumbas jalaban al marino.

Las criptas pugnaban por tan ilustre huésped. Almas pérdidas hallaban un testimonio vivo. La fría parálisis fenecía. El movimiento se llevaba los pensamientos. El héroe andaba en paz.

Tras Miguel Grau un último haz traspasó el solitario tragaluz del oratorio. El brillo rojizo se tornó carmesí. La penumbra se arrinconó lentamente. La reminiscencia como padre guardián de Ocopa trasladó a Pedro Gual al cuartel misionero. Al atardecer, de regreso a la comarca, la hermana montaña que inspiró sus empresas evangelizadoras, se levantaba en su mente. En ese instante asoció el rubor del cielo al buen tiempo de la mañana siguiente.

* * *

La tarde se cernía en la altura. Los piqueros formaron y se replegaron al morro, custodio de la bahía. El monitor descansaba sobre la quieta espuma. Su silueta dibujaba una curiosa sombra en la alfombra de aguas verdosas.

El 8 de setiembre, Arica recibió a la nave capitana. Días antes el buque, pese a la superioridad del enemigo, había salido airoso del combate de Antofagasta.

El comandante reposó en su camarote. Las sombras penetraban en el pequeño recinto. El rústico velador contenía variadas fotografías, ceñidas por marcos de metal.

Frente al escritorio, Grau cogió papel de uno de los cajones entreabiertos. La pluma y el tintero aguardaban sus movimientos rítmicos en frases y sentimientos. Miguel Grau hizo a la pluma beber tinta, y comparó el brillo al rastro que las hélices trazaban en el agua.

Rápidamente escribió lugar y fecha. El vocativo de la carta expresó la unión íntima en amor y cariño. Su esposa traspuso el umbral de sus pensamientos. Sus hijos siguieron a la madre, y penetraron llenando con nostalgia el corazón del héroe nacional.

Recordaba las cartas anteriores de Dolores Cabero. La encomienda, enviada desde Lima por su familia, permanecía en su recuerdo. El primer sentimiento estampado respondió a la alegría de la salud en su hogar. Todos estaban bien: "...tuve el grato placer de recibir varias cartitas tuyas, las que me han proporcionado la dicha de saber que tanto tú, vida mía, como los niños se conservan, a Dios gracias, sin novedad...".



"A los niños mil cariños, diles mil cosas a nombre de su papá que tanto les quiere..." Confió Grau este anhelo a la amante esposa.

La próxima misión abrevió la misiva. Ese mismo día el *Huáscar* zarparía. El poco tiempo cortaba la efusión de afectos, aumentando la comunión en la distancia. El contralmirante pintó la fidelidad con rasgos de gratitud: "Te estoy muy agradecido por el interés que veo tomas en escribirme algo y con frecuencia. Así, pues, recibe un millón de cariños por lo fina que eres conmigo...".

Frenó la inspiración y disculpó sus pocas líneas: "...Desearía escribirte muy extensamente, y decirte lo mucho que te quiero, pero tengo que ser lacónico en razón de mis múltiples ocupaciones...".

Por reminiscencias infantiles no olvidaba nunca saludar a sus hermanas. Tampoco olvidó a su cuñado.

Un sentimiento de dolor enlutó su memoria. El teniente De los Heros surcó los aires hecho trozos de carne por la explosión de una bomba en el anterior combate.

El almirante cobijó en la hoja aquel dolor quieto y rasgado. La guerra se hacía en su mente más injusta con la muerte de marinos, que estrenaban su corto vivir en la contienda.

Una premura sacudió su fina delicadeza: "Tengo por lo menos cien cartas de felicitación que contestar, pero no tengo tiempo por ahora...".

Llegaba el momento de despedir la última emoción. Sus hijos, sus niños queridos, sembraban en aquel momento la voluntad firme de regresar lo más pronto a la casa de la calle Lescano: "A los niños mil cariños, diles mil cosas a nombre de su papá que tanto les quiere...". Confió Grau este anhelo a la amante esposa. No dudaba de que la singular misión familiar de su cónyuge tendría buen comienzo.



Dolores Cabero, esposa de Miguel Grau

Reiteró la despedida que se dilataba: "...recibe un abrazo de corazón de tu esposo que te idolatra".

La rúbrica del almirante empañó el amor hecho retazos. Miguel Grau escudriñó el mar inmenso, a través de la solitaria escotilla. Sus pensamientos permanecieron por extensas horas en el puerto hogareño de la calle Lescano 172.

* * *

Angamos, 8 de octubre, 1879

El *Huáscar* navegaba por el mar del sur, despertando al frío amanecer. El espolón de la nave parecía una tijera que abría la tela inmensa de agua salada...

Los tres humos avistados en la madrugada se convertían en un vago recuerdo...

Y de pronto, en el horizonte vuelven a verse. No eran los mismos... Uno de estos humos, el del buque más pesado y robusto, acortaba el paso. Era

inevitable el combate... Los ardides para evitar la desigual lucha de nada habían servido. La *Unión* con su andar rápido esquivaba este encuentro, no sin ser perseguida por los otros dos navíos.

En aquel momento las órdenes del comandante Grau siguieron una tras otra. La tripulación, forjada en medio de una contienda, lució la disciplina como el piso de madera recién encerado o los bronces brillantes como gemas. Se dispuso todo para dar batalla... Y con el pabellón nacional afianzado el buque mostraba su más vistoso uniforme.

En el puente, Grau devolvía los prismáticos a su ayudante Ferré... La mirada del contralmirante se perdía en la línea imaginaria que une el cielo y el océano... La ruta libre al noroeste estaba cerrada. El silencio se hacía largo.

En aquellos instantes los pensamientos del almirante Grau iban y volvían por el pasado y el presente de su existencia: Paita, la familia, los barcos, Dolores, sus hijos, Lima, Arica, Iquique, Angamos, el Perú, el mar...

La torre del monitor giró. Los cañones de 300 libras apuntaban al blindado enemigo, que a menos de una milla cerraba el paso al monitor.

En el corazón del marino: el deber y la pasión. La voz del capitán del buque profirió la orden, Grau y el *Huáscar* a una:

—¡¡¡Fuego!!!.

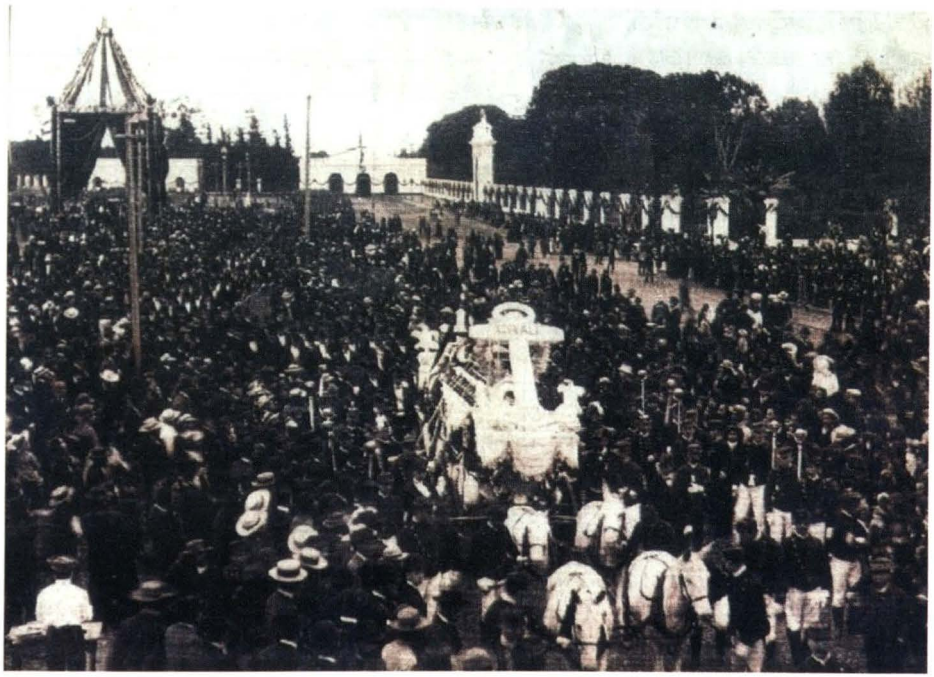
* * *

El 15 de julio de 1890, una ligera nave, el crucero *Lima*, resquebrajó la mar al soltar el ancla. El buque peruano arribaba después de visitar Iquique, trayendo los restos de muchos combatientes caídos en la Guerra del Pacífico.

Un tropel de guanayes perforó el humo que salía de la chimenea del barco. Sus palmoteos rasgaban el aire, mientras la brisa azuzaba la estación del primer puerto.

Un bote se desprendió del único barco de la escuadra nacional. El cortejo de oficiales, mandado por el capitán de navío Melitón Carvajal, escoltaba una urna de ébano con cruz de plata. La caja tenía en un costado una inscripción que jalaba las miradas: "Miguel Grau. *Huáscar.* 8 de octubre de 1879. En paz descanse". El almirante arribaba al Perú para nunca jamás partir.

El capitán de navío Melitón Carvajal tiñó por un instante su mente de recuerdos. El pasado permanecía quieto en su memoria. Grau era el amigo, antes que el superior. No olvidó el dolor, que con un zarpazo derribó su co-



Los restos del Almirante Miguel Grau son trasladados al cementerio Presbítero Maestro.

razón, al enterarse de la explosión en el puente de mando. Entre charcos de sangre trató de seguir el combate, totalmente desigual. Recordó el arrojo de tantos hombres triturados por balas y bombas. La lucha continuó mientras la conciencia lo fue abandonando poco a poco. En sueños contempló cómo la muerte se impregnó de gloria. Ahora ella conducía a la inmortal morada de la patria al paladín del mar. El marino Melitón mantuvo fijo el recuerdo, mientras una bandada de gaviotas estiraba su sombra en la falúa, de paso hacia la isla San Lorenzo, que se erguía mostrando su oscuro color en las aguas tranquilas.

Cientos de personas agolpaban el lugar del arribo. En el muelle desfilaba el batallón de guardiamarinas. El capitán al mando esperaba la llegada de la lancha. El cuerpo se abrió en dos columnas. La juventud del destacamento contrastaba enormemente. Los colores de sus rostros teñían de vitalidad los uniformes. Una riqueza insondable fluía en aquella generación sobreviviente del conflicto. Las caras se dieron las frentes acompañadas de marciales sonidos de corneta. El reloj del viejo faro marcaba el mediodía. El sol se abrió por entre las nubes que nublaban el fondeadero. Los rayos aca-

riciaron las siluetas de las embarcaciones, mientras radiaban los semblantes de las gentes.

Banderas ondeaban en todo el Callao. Los chalacos se unían a los sentimientos patrios. Ya pronto la falúa entraba al muelle de guerra. Salvas de fusilería rompían el aire fresco. El bote se pegó al muelle. Los oficiales cogieron de los aldabones el féretro. El comandante general abrigó con la rojiblanca bandera la urna del almirante. Los guardiamarinas saludaron con sus fusiles el paso de los restos, acompasados por la sonora marcial. El clarín lanzó un triste y largo alarido que hincó el silencio y armonizó con los sentimientos de marinos y gentes.

Los piqueros pululaban por el cielo. En el corazón de Melitón Carvajal navegaba una barca en mar sereno, con el timón dirigiéndose al ocaso, por un rastro dorado y rojizo, que transformaba la pena en una esperanza viviente.

* * *

Al día siguiente, de la calle Lescano 172, salían unos jóvenes con su madre viuda. Los transeúntes prodigaban a esa familia multitud de saludos. El portón de la iglesia de la Merced acogía la entrada de aquella parentela. Pronto empezaría la misa, llegados los restos de los combatientes. Dolores Cabero de Grau ocupó con sus hijos toda una banca. El pequeño Miguelito recostó su cabeza en el vientre de su madre.

Monseñor José Antonio Roca y Boloña escaló el púlpito. Pensó en aquellas palabras pronunciadas diez años atrás: "Miguel Grau, era, señores, un guerrero cristiano. Hombre de fe, toda su confianza la cifraba en Dios...". En esa mañana el canónigo de la Catedral Primada veía en Grau a todos los combatientes de triste destino.

Monseñor José Antonio cogió aire. Estaba emocionado. El nerviosismo lo dominaba. Por un momento buscó en su memoria el alma buena y generosa que encontró en el amigo almirante. Roca y Boloña recordó las confidencias plenas de humanidad. Hoy muchos esperaban de él una palabra eficaz y oportuna. Sus ojos como vidrios empañados escondían nostalgia...

La serenidad florecía lentamente. Las frases agitaron la iglesia, el eco repetía la sonoridad del discurso. Un deber le incitó a saludar a los héroes:

—¡Sombras ilustres de nuestros compatriotas, muertos en Iquique, An-

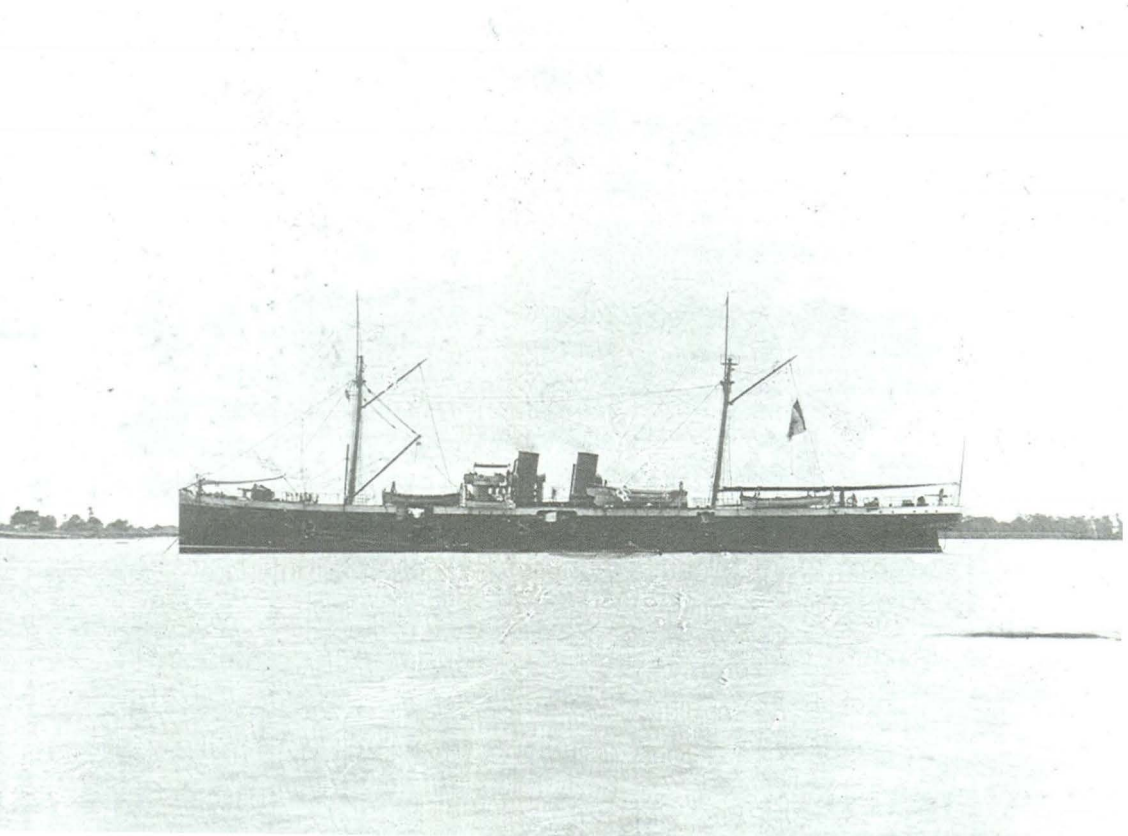
gamos, San Francisco, Tarapacá, Tacna, Arica, Huamachuco...! A vosotros dirijo mi primera palabra...

Más adelante su lengua se encendió y transparentó el corazón del pastor:

—Sí, sombras queridas, a quienes no me es lícito llamar por vuestros nombres, porque no debo separar lo que Dios juntó en el sacrificio y en el heroísmo, os saludo, adalides de una causa santa, como la que inflamó vuestros pechos, devoró vuestras vidas...

Miguelito despegó la cara del vientre de su madre. Reconoció las lágrimas que corrían por las mejillas y descendían al luto de su vestido. Contempló a su progenitora sufriente, sin soltarle la mano. Un espontáneo abrazo del vástago dio fortaleza a la viuda del almirante.

Doña Dolores miró el rostro del benjamín de la familia y descubrió los ojos que con agudeza miraban al mundo y que pertenecían a Miguel y que ahora eran los de su niño. Acarició la memoria de su esposo en la tez de aquel joven, y besó sus mejillas. En ese momento la existencia paterna del almirante, echó el ancla en el rostro de su hijo.





Licenciada en Ciencias de la Comunicación Tatiana Figueroa López

Licenciada en Ciencias de la Comunicación y egresada de la maestría en Relaciones Públicas por la Universidad San Martín de Porres. Redactora en órganos informativos de la Marina de Guerra del Perú, así como *community manager* y encargada de la página web institucional.

oticias nacionales noticias nacionales noticias nacion
noticias nacionalesnoticias nacionales no
acionales noticias nacionales noticias nacionales no
nacionales noticias nacionales noticias nacionales no
nacionales noticias nacionales no
nacionales noticias nacionales noticias nacionales noticias na
oticias nacionales noticias nacionales noticias nacio
noticias nacionales noticias nacionales
cionales noticias nacionales noticias nacionales noti
nacionales noticias nacionales noticias nacionales no
nacionales noticias nacionales noticias nacio
noticias nacionales noticias nacionales noti
cionales noticias nacionales noticias nacionales noti
cionales noticias nacionales noticias nacionales noti
cionales noticias nacionales noticias nacionales noti
onales noticias nacionales noticias nacionales no